

como palabra, que la dice el entendimiento divino, así aquí se consagra y comienza á ser de nuevo en la Hostia por virtud de la palabra que el sacerdote pronuncia. Y como en la resurrección nació del sepulcro con su carne verdadera, pero hecha á las condiciones del alma y vestida de sus maneras y glorias, así consagrado en la Hostia, está la verdad de su cuerpo en realidad de verdad, mas está como si fuera espíritu, todo en la Hostia toda, y en cada parte della todo tambien. Y como cuando nació de la Virgen salió bienaventurado en la mas alta parte del alma, y pasible con el cuerpo, y sujeto á dolores y muerte; y en lo secreto era la verdadera riqueza, y en la apariencia y en lo que defuera se veía era un pobre y humilde; así aquí por defuera parece un pequeño pan despreciado, y en lo escondido es todos los tesoros del cielo; segun lo que parece puede ser partido y quebrado y comido, mas segun lo que encubre no puede ni el mal ni el dolor llegar á él. Y como cuando nació de Dios se forjaron en él, como en sus ideas, las criaturas en la manera que he dicho, y cuando nació en la carne la recibió para limpiar y librar la del hombre, y cuando nació del sepulcro nos sacó á la vida á todos juntamente consigo, y en todos sus nacimientos siempre hubo algun respeto á nuestro bien y provecho; así en este de la consagración de su cuerpo tuvo respeto al mismo bien; porque puso en él, no solamente su cuerpo verdadero sino tambien el místico de sus miembros, y como en los demás nacimientos suyos nos ayuntó siempre á sí mismo, tambien en este quiso contenernos en sí; y quiso que encerrados en él, y pasando á nuestras entrañas su carne, nos comunicásemos unos con otros para que por él viniésemos todos á ser por union de espíritu un cuerpo y un alma.

»Por lo cual el pan caliente, que estaba de continuo en el templo y delante del arca de Dios, que tuvo figura de aqueste pan divinísimo, le llama pan de faces la Sagrada Escritura, para enseñar que este pan verdadero, á quien aquella imagen miraba, tiene faces innumerables, quiero decir, que contiene en sí á sus miembros, y que, como en la divinidad abraza en sí por eminente manera todas las criaturas, así en la humanidad y en este Sacramento santísimo, donde se encierra, encierra consigo á los suyos. Y así, hizo en este lo que en los demás nacimientos hizo, que fué nuestro bien, que consiste en andar siempre juntos con él, ó por decir lo que parece mas proprio, trujo á efecto y puso como en ejecucion lo que se pretendia en los otros. Porque aquí hecho mantenimiento nuestro, y pasándose en realidad de verdad dentro de nuestras entrañas y juntando con nuestra carne la suya, si la halla dispuesta mantiene al alma y purifica la carne, y apaga el fuego vicioso, y pone á cuchillo nuestra vejez, y arranca de raíces el mal, y nos comunica su ser y su vida, y comiéndole nosotros, nos come él á nosotros y nos viste de sus cualidades; y finalmente cuasi nos convierte en sí mismo. Y trae aquí á fruto y á espiga lo que sembró en los demás nacimientos primeros. Y como dice en el salmo David (a): —Hizo memorial de sus maravillas el Señor misericordioso y piadoso, dió á los que le temen manjar. — Por-

(a) Psalm. 110, v. 4.

que en este manjar, que lo es propriamente para los que le temen, recapituló todas sus grandezas pasadas, que en él hizo ejemplo clarísimo de su saber infinito y de su misericordia y de su amor con los hombres; ejemplo jamás oído ni visto, que no contento ni de haber nacido hombre por ellos, ni de haber muerto por ponerlos en vida, ni de haber renacido para subirlos á gloria, ni de estar junto siempre y á la diestra del Padre para su defensa y amparo, para su regalo y consuelo, y para que le tengan siempre no solamente presente, sino le puedan abrazar consigo mismos, y ponerlo en su pecho y encerrarlo dentro de su corazón, y como chuparle sus bienes y traerlos á sí, se les presenta en manjar y, como si dijésemos, les nace en figura de trigo para que así le coman y traguen y traspasen á sus entrañas, adonde encerrado y ceñido con el calor del espíritu, fructifique y nazca en ellos en otra manera, que será ya la quinta y la última de las que prometimos decir, y de que será justo que ya digamos si, Sabino, os parece.» Y calló.

Y Sabino dijo sonriéndose: «Huelgo, Juliano, que conozcáis por mayor, y bien decia yo que urdiades grande tela, porque sin duda habeis dicho grandes cosas hasta agora, sin lo que os resta, que no debe ser menos, aunque en ello tengo una duda aun antes que lo digais.» «¿Qué? respondió Juliano; ¿no entendeis que nace en nosotros Cristo cuando Dios santifica nuestra alma?» «Bien entiendo, dijo Sabino, que san Pablo dice á los gálatas (b): —Hijuelos míos, que os torno á parir hasta que se forme Cristo en vosotros; — que es decir que, así como el ánima, que era antes pecadora, se convierte al bien y se va desnudando de su malicia, así Cristo se va formando en ella y naciendo; y de los que le aman y cumplen su voluntad, dice Cristo que son su Padre y su Madre. Pero, como cuando el ánima que era mala se santifica se dice que nace en ella Jesucristo, así tambien se dice que ella nace en él; por manera que es lo mismo, á lo que parece, nacer nosotros en Cristo y nacer Cristo en nosotros, pues la razon por qué se dice es la misma; y de nuestro nacimiento en Jesucristo ayer dijo Marcelo lo que se puede decir. Y así no parece, Juliano, que teneis mas que decir en ello. Y esta es mi duda.» Juliano entonces dijo: «En eso que dudais, Sabino, habeis dado principio á mi razon; porque es verdad que estos nacimientos andan juntos, y que siempre que nacemos nosotros en Dios, nace Cristo en nosotros, y que la santidad y la justicia, la renovacion de nuestra alma es el medio de ambos nacimientos. Mas aunque por andar juntos parecen uno, todavia el entendimiento atento y agudo los divide, y conoce que tienen diferentes razones. Porque el nacer nosotros en Cristo es propriamente, quitada la mancha de culpa con que nuestra alma se figuraba como demonio, recibir la gracia y la justicia que cria Dios en nosotros, que es como una imagen de Cristo, y con que nos figuramos de su manera. Mas nacer Cristo en nosotros es no solamente venir él donde la gracia á nuestra alma, sino el mismo espíritu de Cristo venir á ella y juntarse con ella, y, como si fuese alma del alma, derramarse por ella, y derramado y como embebido en ella,

(b) Galat., 4, v. 19.

apoderarse de sus potencias y fuerzas, no de paso ni de corrida, ni por un tiempo breve, como acontece en los resplandores de la contemplacion y en los arrobamientos del espíritu, sino de asiento y con sosiego estable y como se reposa el alma en el cuerpo, que él mismo lo dice así (a): —El que me amare será amado de mi Padre, y vendremos á él y harémos asiento en él. —

»Así que, nacer nosotros en Cristo es recibir su gracia y figurarnos della; mas nacer en nosotros él, es venir él por su espíritu á vivir en nuestras almas y cuerpos. Venir, digo, á vivir, y no solo á hacer deleite y regalo. Por lo cual, aunque ayer Marcelo dijo de cómo nacemos nosotros en Dios, queda lugar para decir hoy del nacimiento de Cristo en nosotros. Del cual, pues habemos ya dicho que se diferencia y cómo se diferencia del nuestro, y que propriamente consiste en que comience á vivir el espíritu de Cristo en el alma, para que se entienda esto mismo mejor, digamos lo primero cuán diferentemente vive en ella cuando se le muestra en la oracion, y despues diremos cuándo y cómo comienza Cristo á nacer en nosotros, y la fuerza deste su nacer y vivir en nosotros, y los grados y crecimiento que tiene; porque cuanto á lo primero, entre esta venida y ayuntamiento del espíritu de Cristo á nosotros, que llamamos nacimiento suyo, y entre las venidas que hace al alma del justo, las demostraciones que en el negocio de la oracion le hace de sí, de las diferencias que hay, la principal es, que en esto que llamamos nacer, el espíritu de Cristo se ayunta con la esencia del alma, y comienza á ejecutar su virtud en ella, abrazándose con ella sin que ella lo sienta ni entienda. Y reposa allí como metido en el centro della, como dice Isaiás (b): —Regocijate y alaba, hija de Sion, porque el Señor de Israel está en medio de tí. — Y reposando allí, como desde el medio derrama los rayos de su virtud por toda ella, y la mueve secretamente, y con su movimiento dél y con la obediencia del alma, á lo que es dél movida, se hace por momentos mayor lugar en ella, y mas ancho y mas dispuesto aposento.

»Mas en las luces de la oracion y en sus gustos todo su trato de Cristo es con las potencias del alma, con el entendimiento, con la voluntad y memorias, de las cuales á las veces pasa á los sentidos del cuerpo y se les comunica por diversas y admirables maneras, en la forma que les son posibles aquestos sentimientos á un cuerpo. Y de la copia de dulzores que el alma siente y de que está colmada, pasan al compañero las sobras. Por donde esas luces ó gustos, ó este ayuntamiento gustoso del alma con Cristo en la oracion tiene condicion de relámpago; digo que luce y se pasa en breve. Porque nuestras potencias y sentidos en cuanto esta vida mortal dura tienen precisa necesidad de divertirse á otras contemplaciones y cuidados, sin los cuales ni se vive ni se puede ni debe vivir. Y júntase tambien con esta diferencia otra diferencia, que en el ayuntamiento del espíritu de Cristo con el nuestro, que llamamos nacimiento de Cristo, el espíritu de Cristo tiene vez de alma respeto de la nuestra, y hace en ella obra de alma, moviéndola á obrar como debe en todo lo que se ofre-

(a) Joan, 14, v. 22. (b) Isai., 12, v. 6.

E. XVI-II.

ce, y pone en ella ímpetu para que se menea; y así obra él en ella y la mueve, que ella ayudada dél obra con él juntamente; mas en la presencia que de sí hace en la oracion á los buenos por medio de deleite y de luz, por la mayor parte el alma y sus potencias reposan, y él solo obra en ellas por secreta manera un reposo y un bien que decir no se puede. Y así, aquel primer ayuntamiento es de vida, mas este segundo es de deleite y regalo; aquel es el ser y el vivir, aqueste es lo que hace dulce el vivir; allí recibe vivienda y estilo de Dios el alma, aquí gusta algo de su bienandanza; y así, aquello se da con asiento y para que dure, porque si falta no se vive; mas esto se da de paso y á la ligera, porque es mas gustoso que necesario, y porque en esta vida, que se nos da para obrar este deleite, en cuanto dura, quita el obrar y le muda en gozar. Y sea esto lo uno, y cuanto á lo segundo que decia, digo desta manera:

»Cristo nace en nosotros cuando quiera que nuestra alma, volviendo los ojos á la consideracion de su vida, y viendo las fealdades de sus desconciertos, y aborreciéndolos, y considerando el enojo merecido de Dios, y doliéndose dél, ansiosa por aplacarle, se convierte con fe, con amor, con dolor á la misericordia de Dios y al rescate de Cristo. Así que, Cristo nace en nosotros entonces. Y dicese que nace en nosotros porque entonces entra en nuestra alma su mismo espíritu, que enlazando se entraña en ella, y produce luego en ella su gracia, que es como un resplandor y como un rayo que resulta de su presencia, y que se asienta en el alma y la hace hermosa. Y así comienza á tener vida allí Cristo; esto es, comienza á obrar en el alma y por el alma lo que es justo que obre Cristo; porque lo mas cierto y lo mas proprio de la vida es la obra. Y desta manera el que es en sí siempre, y el que vive en el seno del Padre antes de todos los siglos, comienza como digo y cuando digo á vivir en nosotros; y el que nació de Dios perfecto y cabal, comienza á ser en nosotros como niño. No porque en sí lo sea, ó porque en su espíritu, que está hecho alma del nuestro, haya en realidad de verdad alguna disminucion ó menoscabo, porque el mismo que es en sí, ese mismo es el que en nosotros nace tal y tan grande; sino porque en lo que hace en nosotros se mide con nuestro sugeto, y aunque está en el alma todo él, no obra en ella luego que entra en ella todo lo que vale y puede, sino obra conforme á cómo se le rinde y se desnuda de su propiedad, para el cual rendimiento y desnudez él mismo la ayuda; y así, decimos que nace entonces como niño. Mas cuanto el alma, movida y guiada dél, se le rinde mas y se desnuda mas de lo que tiene por suyo, tanto crece en ella mas cada dia; esto es, tanto va ejecutando mas en ella su eficacia y descubriéndose mas y haciéndose mas robusto, hasta que llega en nosotros, como dice san Pablo (c), á edad de perfecto varon. A la medida de la grandeza de Cristo; esto es, hasta que llega Cristo á ser en lo que es, y hace en nosotros y con nosotros, perfecto, cual lo es en sí mismo.

»Perfecto, digo, cual es en sí, no en igualdad precisa, sino en manera semejante. Quiero decir que el vi-

(c) Ephes., 4.

vir y el obrar que tiene en nuestra alma Cristo cuando llega á ser en ella varon perfecto, no es igual en grandeza al vivir y al obrar que tiene en sí, pero es del mismo metal y linaje. Y así, aunque reposa en nuestra alma todo el espíritu de Cristo desde el primer punto que nace en ella, no por eso obra luego en ella todo lo que es y lo que puede, sino primero como niño, y luego como mas crecido, y despues como valiente y perfecto. Y de la manera que nuestra alma en el cuerpo desde luego que nace en él nace toda, mas no hace luego que en él nace prueba de sí totalmente, ni ejercita luego toda su eficacia y su vida, sino despues y sucesivamente, así como se van enjugando con el calor los órganos con que obra, y tomando firmeza hábil para servir al obrar; así es lo que decimos de Cristo, que aunque pone en nosotros todo su espíritu cuando nace, no ejercita luego en nosotros toda su vida, sino conforme á como, movidos dél, le seguimos y nos apuramos de nosotros mismos, así él va en su vivir continuamente subiendo. Y como cuando comienza á vivir en nuestra alma se dice que nace en ella, así se dice que crece cuando vive mas, y cuando llega á vivir allí al estilo que vive en sí, entonces es lo perfecto. De arte que, segun aquesto, tiene tres grados este nacimiento y crecimiento de Cristo en nosotros. El primero de niño, en que comprendemos la niñez y la mocedad, lo principiante y lo aprovechante que decir solemos; el segundo de mas perfecto; el último de perfecto del todo. En el primero nace y vive en la mas alta parte del alma; en el segundo en aquella y en la que llamamos parte inferior; en el tercero en esto y en todo el cuerpo del todo. Al primero podemos llamar estado de ley por las razones que dirémos luego; el segundo es estado de gracia; y el tercero y último, estado de gloria.

»Y digamos de cada uno por sí, presuponiendo primero que en nuestra alma, como sabeis, hay dos partes: una divina, que de su hechura y metal mira al cielo y apetece cuanto de suyo es, si no la estorban ó oscurecen ó llevan lo que es razon y justicia inmortal de su naturaleza, y muy hábil para estar sin mudarse en la contemplación y en el amor de las cosas eternas; otra de menos quilates, que mira á la tierra y que se comunica con el cuerpo, con quien tiene deudo y amistad, sujeta á las pasiones y mudanzas dél, que la turban y alteran con diversas olas de afectos; que teme, que se congoja, que codicia, que llora, que se engrie y ufana, y que, finalmente, por el parentesco que con la carne tiene, no puede hacer sin su compañía estas obras. Estas dos partes son como hermanas nacidas de un vientre, en una naturaleza misma, y son de ordinario entre sí contrarias, y riñen y se hacen guerra. Y siendo la ley que esta segunda se gobierne siempre por la primera, á las veces, como rebelde y furiosa, toma las riendas ella del gobierno y hace fuerza á la mejor, lo cual es vicioso, así como le es natural el deleite y el alegrarse, y el sentir en sí los demás afectos que la parte mayor le ordenare, y son propriamente la una como el-cielo y la otra como la tierra, y como un Jacob y un Esaú concebidos juntos en un vientre, que entre sí pelean, como dirémos mas largamente despues.

»Esto así dicho, decimos agora que cuando el al-

ma aborrece su maldad y Cristo comienza á nacer en ella, pone su espíritu, como deciamos, en el medio y en el centro, que es en la substancia del alma, y prende luego su virtud en la primera parte della, la parte que destas dos que deciamos es la mas alta y la mejor. Y vive Cristo allí en el primer estado deste nacimiento, ejercitando en aquella parte su vida, esto es, alumbrándola, y enderezándola, y renovándola, y componiéndola, y dándole salud y fuerzas para que con valor ejercite su oficio. Mas á la otra parte menor en este primer estado, el espíritu de Cristo, que en lo alto de alma vive, no le desarraiga sus brios, porque aun no vive en aquesta parte baja; mas aunque no viva en ella como señor pacífico, dale ayo y maestro que gobierna aquella niñez, y el ayo es la parte mayor en que él ya vive, ó él mismo, segun que vive en ella, es el ayo desta parte menor, que desde su lugar alto le da leyes por donde viva, y le hace que se conozca, y le va á la mano, si se mueve contra lo que se le manda, y la riñe, y la aflige con amenazas y miedos; de donde resulta contradicción y agonía, y servidumbre y trabajo. Y Cristo, que vive en nosotros, y desde el lugar donde vive, en este artículo sea con esta menor parte como Moisen, que le da ley, y la amonesta y la riñe, y la amenaza y la enfrena, mas aun no la libra de su flaqueza ni la sana de sus malos movimientos, por donde á este grado ó estado le llamamos de ley. En que, como Moisen en el tiempo pasado gozaba de la habla de Dios, y en la cumbre del monte conversaba con él y recibía su gracia y era alumbrado de su lumbre, y descendía despues al pueblo carnal é inquieto y sujeto á diferentes deseos, y que estaba á la falda de la sierra, adonde no veía sino el temblor y las nubes, y descendiendo á él, le ponía leyes de parte de Dios, y le avisaba que se pusiese á sus deseos freno, y él se los enfrenaba cuanto podia con temores y penas; así la parte mas alta nuestra, luego al principio que Cristo en ella nace, santificada por él y viviendo por su espíritu, como su vida en el monte con Dios, al pueblo que está en la falda, esto es, á la parte inferior, que por los muchos movimientos de apetitos y pasiones diferentes que bullen en ella es una muchedumbre de pueblo bullicioso y carnal é inclinado á hacer lo peor, le escribe leyes y le enseña lo que le conviene hacer ó huir, y le gobierna las riendas, á veces alargándolas y á veces recogiendo-dolas hácia sí, y finalmente la hinche del temor y de amenazas.

»Y como contra Moisen se rebeló por diferentes veces el pueblo, y como siempre con dificultad puso al yugo su mal domada cerviz, de donde nacieron contradicciones en ellos y alborotos y ejemplos de señalados castigos; así esta parte baja, en el estado que digo, oye mal muchas veces las amonestaciones de su hermana mayor, en que ya Cristo vive, y luchan las dos á veces y dispiertan entre sí crueles peleas. Mas como Moisen para llevar aquella gente al asiento de su descanso les persuadió primero que saliesen de Egipto, y los metió en la soledad del desierto, y los guió haciendo vueltas por él por largo espacio de tiempo, y con quitarles el regalo y el amparo de los hombres, y darles el amparo de Dios, en la nube, en la columna de fuego, en el maná

que les llovian los cielos y en el agua que les manaba la piedra, los iba levantando hácia Dios, hasta que al fin pasaron con Josué, su capitán, el Jordan y limpiaron de enemigos la tierra, y reposaron en ella hasta que vino últimamente Cristo á nacer en su carne; así su espíritu, que ha nacido ya en lo que es principal en el alma, para reducir á su obediencia la parte que resta, que tiene las condiciones y flaquezas y carnalidades que he dicho, desde la razon donde vive, como otro Moisen induciéndola á que se despida de los regalos de Egipto, y lavándola con las tribulaciones, y destetándola poco á poco de sus toscos consuelos, y quitándole de los ojos cada día mas las cosas que ama, y haciéndola á que ame la pobreza y la desnudez del desierto, y dándole allí su maná, y pasando á cuchillo á muchas de sus enemigas pasiones, y acostubrándola al cansancio y reposo santo, va creciendo en ella y aprovechando y mitigando sus brios, y haciéndola cada día mas hábil para poner su vida en su carne, y al fin la pone, y como si dijésemos, se encarna en ella y la hinche de sí, como hizo á la mayor y primera, y no le quita lo que le es natural, como son los sentimientos medidos y el poder padecer y morir, sino desarráigale lo vicioso, si no del todo, á lo menos cuasi del todo.

»Y este es el grado segundo que dijimos, en el cual el espíritu de Cristo vive en las dos partes del alma: en la primera, que es la celestial, santificándola, ó si lo habemos de decir así, haciéndola como Dios; y en la segunda, que mira á la carne, apurándola y mortificándola de lo carnal y vicioso; y en vez de la muerte que ella solía dar con su vicio al espíritu, Cristo agora pone en ella á cuchillo cuasi todo lo que es contumaz y rebelde. Y como se hubo con sus discípulos cuando anduvo con ellos, que los conversó primero, y dado que los conversaba, duraban en ellos los afectos de carne, de que los corregia poco á poco por diferentes maneras, con palabras, con ejemplos, con dolores y penas, y finalmente, despues de su resurrección, teniéndolos ya conformes y humildes y juntos en Jerusalem, envió sobre ellos en abundancia su espíritu, con que los hizo perfectos y santos. Así, cuando en nosotros nace, trata primero con la razon y fortificala para que no le venza el sentido, y procediendo despues por sus pasos contados, derrama su espíritu, como dice Joel (a): —Sobre toda la carne, con que se rinde y se sujeta al espíritu.—Y cúmplase entonces lo que en la oración le pedimos,—que se haga su voluntad, así como en el cielo, en la tierra;—porque manda entonces Dios en el cielo del alma, y en lo terreno della es obedecido cuasi ni mas ni menos, y baña el corazón de sí mismo, y hace ya Cristo en toda el alma oficio enteramente de Cristo, que es oficio de unguir; porque la unge desde la cabeza á los piés, y la beatifica en cierta manera; porque aunque no le comunica su vista, comunícale mucho de la vida, que le ha de durar para siempre, y sostiénela ya con el vivir de su espíritu, con que ha de ser despues sostenida sin fin; y este es el mantenimiento y el pan que por consejo suyo pedimos á Dios cada día cuando decimos (b): «Y nuestro pan,» como si dijésemos «el de despues», que eso quiere decir la palabra del

(a) Joel, 1. (b) Lucae, 11, v. 3.

original griego *enozion*, «dánosle hoy;» esto es, aquel pan nuestro; nuestro, porque nos le prometes; nuestro, porque sin él no se vive; nuestro, porque solo él hincha nuestro deseo. Así que, este pan y esta vida que prometida nos tienes, acorta los plazos, Señor, y dánosla ya, y viva ya tu Hijo en nosotros del todo, dándonos entera vida, porque él es el pan de la vida.

»De manera que cuando viene á este estado el nacimiento de Cristo en nosotros, y cuando su vida en mí ha subido á este punto, entonces Cristo es lisamente en nosotros el Mesías prometido de Dios, por la razon sobredicha; y el estado es de gracia, porque la gracia baña á casi toda el alma, y no es estado de ley ni de servidumbre ni de temor, porque todo lo que se manda se hace con gusto, porque en la parte que solía ser rebelde y que tenia necesidad de miedo y de freno, vive ya Cristo, que la tiene cuasi pura de su rebeldía. Y es estado de evangelio, porque el nacer y vivir Cristo en ambas las partes del alma, y la santificación de toda ella con muerte de lo que era en ella vejez, es el efecto de la buena nueva del Evangelio, y el reino de los cielos que en él se predica, y la obra propia y señalada, y que reservó para sí solo el Hijo de Dios y el Mesías que la ley prometía. Como Zacarías en su cántico dice (c): —Juramento que juró á Abraham, nuestro padre, de darse á nosotros, para que librándonos de nuestros enemigos, le sirvamos sin miedo, le sirvamos en santidad y justicia, y en su presencia la vida toda.—Y es estado de gozo, por cuanto reina en toda el alma el espíritu, y así hace en ella sin impedimento sus frutos, que son, como san Pablo dice (d): —Caridad y gozo, y paz y paciencia y larga esperanza en los males.—Por donde, en persona de los deste grado, dice el profeta Isafas (e): —Gozándome gozaré en el Señor, y regocijaré mi alma en el Dios mio, porque me vistió vestiduras de salud y me cercó con vestidura de justicia. Como á esposo me hermoseó con corona, y como á esposa, adornada con sus joyeles.—

»Y tambien en cierta manera es estado de libertad y de reino, porque es el que deseaba san Pablo á los colosenses en el lugar donde escribe (f): —Y la paz de Dios alce bandera y lleve la corona en vuestros corazones.—Porque en el primer grado estaba la gracia y paz de Dios, como quien residia en frontera y vecina á los enemigos, encerrada y recatada y solfita; mas agora ya se espacia y se alegra, y se extiende como señora ya del campo. Y ni mas ni menos es estado de muerte y de vida; porque la vida que Cristo vive en los que llegan aquí, da vida á lo alto del alma, y da muerte y degüella á casi todos los afectos y pasiones malas del cuerpo; de que dice el Apóstol (g): —Si Cristo está en vosotros, vuestro cuerpo sin duda ha muerto cuanto al pecado, mas el espíritu vive por virtud de la justicia.—Y finalmente, es estado de amor y de paz, porque se hermanan en él las dos partes del alma que decimos, y el sentido ama servir á la razon, y Jacob y Esaú se hacen amigos, que fueron imagen desto, como antes decia. Porque, Sabino, como sabeis (h), Rebeca, mujer de Isaac, concibió de un vientre aquestos dos hijos, que

(c) Lucae, 1, v. 73. (d) Galat., 5, v. 22. (e) Isai., 61, v. 10.

(f) Coloss., 3, v. 15. (g) Rom., 8, v. 10. (h) Genes., 25, v. 21.

antes que naciesen peleaban entre sí mismos; por donde ella, afligida, consultó el caso con Dios, que le respondió que tenía en su vientre dos linajes de gentes contrarias, que pelearían siempre entre sí, y que el menor en salir á luz, vencería al que primero naciese. Llegado el tiempo, nació primero un niño bermejo y bello, y despues dél, y asido de su pié dél, nació luego otro de diferente cualidad del primero. Este postrero fué llamado Jacob y el primero Esaú. Su inclinacion fué diferente, así como su figura lo era. Esaú aficionado á la caza y al campo, Jacob á vivir en su casa. En ella compró un día por cierto caso á su hermano el derecho del mayorazgo, que se le vendió por comer. Poco despues con artificio le ganó la bendicion de su padre, que creyó que bendecía al mayor. Quedaron por esta causa enemigos; aborrecia de muerte Esaú á Jacob, amenazábale siempre. El mozo santo, aconsejado de la madre, huyó la ocasion, desamparó la casa del padre; caminó para oriente, vió en el camino el cielo sobre sí abierto, sirvió en casa de su suegro por Lia y por Raquel, y casado, tuvo abundancia de hijos y de hacienda; y volviendo con ella á su tierra, luchó con el ángel, fué bendecido dél; y enflaquecido en el muslo, mudó el andar con el nombre, y luego le vino al encuentro Esaú, su hermano, ya amigo y pacífico.

»Pues conforme á esta imágen, son de un parto las dos partes del alma y riñen en el vientre, porque de su naturaleza tienen apetitos contrarios, y porque sin duda despues nacen dellas dos linajes de gentes enemigos entre sí, las que siguen en el vivir el querer del sentido, y las que miden lo que hacen por razon y justicia. Nace el sentido primero, porque se ve su obra primero; tras él viene luego el uso de la razon. El sentido es teñido de sangre y vestido de los frutos de ella, y ama el robo, y sigue siempre sus pasiones fieras por alcanzarlas; mas la razon es amiga de su morada, adonde reposa, contemplando la verdad con descanso. Aquí le vienen á las manos la bendicion y el mayorazgo. Mas enojanse los sentidos, y descubren sus deseos sangrientos contra el hermano, que guiado de la sabiduría para vencerlos, los huye, y corta las ocasiones del mal; y enajénase el hombre de los padres y de la casa, y puestos los ojos en el oriente, camina á él la razon, á la cual en este camino se le aparece Dios y le asegura su amparo, y con esto le mueve y guía á servir muchos años y con mucho fruto por Raquel y por Lia; hasta que, finalmente, acercándose ya á su verdadera tierra, viene á abrazarse con Dios y como á luchar con el ángel, pidiéndole que le santifique y bendiga y ponga en paz sus sentidos, y sale con su porfia á la fin, y con la bendicion muere el muslo, porque en el morir del sentido vicioso consiste el quedar enteramente bendito; y cojea luego el hombre, y es Israel. Israel porque se ve en él y se descubre la eficacia de la vida divina, que ya posee; coje porque anda en las cosas del mundo con solo el pié de la necesidad, sin que le lleve el deleite. Y así, en llegando á este punto el sentido sirve á la razon y se pacifica con ella y la ama, y gozan ambas, cada una segun su manera, de riquezas y bienes, y son buenos hermanos Esaú y Jacob, y vive, como en hermanos, conforme el espíritu de Cristo, que se

derrama por ellos, que es lo que se dice en el salmo (a): —Cuán bueno es, y cuán lleno de alegría, el morar en uno los hermanos, como el unguento bueno sobre la cabeza, que desciende á la barba, á la barba del sacerdote, y desciende al gorjal de su investidura. Como rocío en Hermon, que desciende sobre los montes de Sion.—Porque allí instituyó el Señor la bendicion, las vidas por los siglos. Porque todo el descanso y toda la dulzura y toda la utilidad desta vida entonces es, cuando aquestas dos partes nuestras, que decimos hermanas, viven tambien como hermanas en paz y concordia.

»Y dice que es suave y provechosa esta paz como lo es el unguento oloroso derramado, y el rocío que desciende sobre los montes de Hermon y de Sion; porque en el hecho de la verdad, el Hijo de Dios, que nace y que vive en estas dos partes, y que es uncion y rocío, como ya muchas veces dijimos, derramándose en la primera dellas, y de allí descendiendo á la otra y bañándola, hace en ellas esta paz provechosa y gustosa; de las cuales partes la una es bien como la cabeza, y la otra como la barba áspera, y como la boca ó la márgen de la vestidura; y la una es verdaderamente Sion, adonde Dios se contempla, y la otra Hermon, que es asolamiento, porque consiste su salud en que se asuele en ella cuanto levanta el demasiado y vicioso deseo. Y cierto, cuando Cristo llega á nacer y vivir en alguno desta manera, aquel en quien así vive, dice bien con San Pablo (b): —Vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Jesucristo;—porque vive y no vive; no vive por sí, pero vive, porque en él vive Cristo; esto es, porque Cristo, abrazado con él y como infundido por él, le alienta y le mueve y le deleita y le halaga, y le gobierna las obras y es la vida de su feliz vida. Y de los que aquí llegaron dice propiamente Isaias (c): —Alegráronse con tu presencia, como la alegría en la siega, como se regocijaron al dividir del despojo.—De la siega dice que es señalada alegría, porque se coge en ella el fruto de lo trabajado, y se conoce que la confianza que se hizo del suelo no salió vacía, y se halla como por la largueza de Dios mejorado y acrecentado lo que parecia perdido. Y así es alegría grandísima la de los que llegan aquí; porque comienzan á coger el fruto de su fe y penitencia, y ven que no les burló su esperanza, y sienten la largueza de Dios en sí mismos y un amontonamiento de no pensados bienes.

»Y dice del dividir los despojos, porque entonces alegran á los vencedores tres cosas: el salir del peligro, el quedar con honra, el verse con tanta riqueza. Y las mismas alegran á los que agora decimos. Porque vencido y casi muerto del todo lo que en el sentido hace guerra, y esto porque el espíritu de Cristo nace y se derrama por él, no solamente salen de peligro, sino se hallan de improvisamente dichosos y ricos. Y por eso dice que se alegran en su presencia, porque la presencia suya en ellos, que es el nacer y vivir de Cristo en toda su alma, les acarrea este bien, que es el que añade luego diciendo: —Porque el yugo de pesadumbre y la vara de su hombro y el cetro del ejecutor en él, lo quebrantaste como en el día de Madian.—Que á la ley

(a) Psalm. 132, v. 2. (b) Galat., 2, v. 20. (c) Isai., 9, v. 3.

dura que puso el pecado en nuestra carne y á lo que heredamos del primer hombre, que es hombre viejo en nosotros, lo llama bien yugo de pesadumbre, porque es carga muy enlazada á nosotros y que mucho nos enlaza, y vara de su hombro, porque con ella, como con vara de castigo, nos azota el demonio. Y dice de su hombro, por semejanza de los verdugos y ministros antiguos de justicia, que traian al hombro el manojito de varas con que herian á los condenados. Y es cetro de ejecutor, y en nosotros, porque por medio de la mala inclinacion del viejo hombre, que reside en nuestra carne, ejecuta el enemigo su voluntad en nosotros. Lo cual todo quebranta Cristo cuando de lo alto del alma extiende su vida á la parte baja della, y viene como á nacer en la carne.

»Y quebrántalo como en el día de Madian. Que ya sabeis en qué forma alcanzó victoria Gedeon de los madianitas, sin sus armas, y con solo quebrar los cántaros y resplandecer la luz que encerraban y con tocar las trompetas (a). Porque comenzar Cristo á nacer en nosotros, no es cosa de nuestro mérito, sino obra de su mucha virtud, que primero como luz metida en el medio del alma se encierra allí, y despues se descubre y resplandece, quebrantado lo terreno y carnal del sentido. A cuyo resplandor, y al sonido que hace la voz de Cristo en el alma, huyen los enemigos y mueren. Y como en el sueño que entonces vió uno de los del pueblo contrario, un pan de cebada y cocido entre la ceniza, que se revolvía por el real de los enemigos, tocando las tiendas las derrocaba, así aquí Cristo, que es pan despreciado al parecer y cocido en trabajos, revolviéndose por los sentidos del alma, pone por el suelo los asientos de la maldad, que nos hacen guerra, y finalmente, los abrasa y consume, como dice luego el Profeta: —Que toda la presa ó pelea peleada con alboroto, y la vestidura revuelta en las sangres, será para ser quemada, será mantenimiento de fuego.—Y dice bien «la pelea peleada con alboroto», cuales son las contradicciones que los deseos malos, cuando se encienden, hacen á la razon, y las polvaredas que levantan, y su alboroto y su ruido. Y dice bien «el vestido revuelto en la sangre», que es el cuerpo y la carne que nos vestimos, manchada con la sangre de sus viciosas pasiones; porque todo ello en este caso lo apura el santo fuego que Cristo en el Evangelio dice que vino á poner en la tierra (b). Y lo que el mismo profeta en otro capítulo escribe, tambien pertenece á este negocio, porque dice desta manera (c): —Porque el pueblo en Sion habitará en Jerusalem. No llorará, llorando; apiadándose, se apiadará de tí. A la voz de tu grito, en oyéndola, te responderá. Y daros ha el Señor pan estrecho y agua apretada, y no volará mas tu maestro, y á tu maestro tus ojos le contemplarán, y tus orejas oirán á las espaldas tuyas palabra que te dirá: Este es el camino, andad en él, no inclineis á la derecha ó á la izquierda.—Que es imágen desto mismo que digo, adonde el pueblo que estaba en Sion hace ya morada en Jerusalem.

»Y la vida de Cristo, que vivía en el alcázar del alma, se extiende por toda la cerca della y la pacífica, y el

(a) Judic., 7. (b) Lucae, 12. (c) Isai., 50, v. 19.

que residia en Sion hace ya su morada en la paz, y cesa el lloro que es lloro, porque se usa ya con ellos de la piedad, que es perfecta, y como vive ya Cristo en ellos, óyelos en llamando, ó por mejor decir, lo que él pide en ellos, eso es lo que pide, porque está en ellos su maestro metido, que no se les aparta ni ausenta, y que en hablando ellos, los oye, y dales entonces Dios pan estrecho y agua apretada, porque verdaderamente les da el pan y el agua que dan vida verdadera: su cuerpo y su espíritu, que se derrama por ellos y los sustenta; mas dáselo con brevedad y estrechez, lo uno porque de ordinario mezcla Dios con este pan que les da, adversidad y trabajos; lo otro, porque es pan que sustenta en medio de los trabajos y de las apreturas el alma. Y por último, porque en esta vida este pan vive como escondido y como encogido en los justos, que, como dice dellos San Pablo (d): —Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, mas cuando él apareciere que es vuestra vida, entonces le pareceréis á él en la gloria.—Porque entonces acabará de crecer en los suyos Cristo perfectamente y del todo cuando los resucitare del polvo inmortales y gloriosos, que será el grado tercero y el último de los que arriba dijimos. Adonde su espíritu y vida dél se comunicará de lo alto del alma á la parte mas baja della, y della se extenderá por el cuerpo, no solamente quitando dél lo vicioso, sino tambien desterrando dél lo quebradizo y lo flaco, y vistiéndolo enteramente de sí.

De manera que todo su vivir, su querer, su entender, su parecer y resplandecer será Cristo, que será entonces varon perfecto enteramente en todos los suyos, y será uno en todos, y todos serán hijos cabales de Dios, por tener en sí el ser y el vivir deste Hijo, que es único y solo Hijo de Dios, y lo que es Hijo de Dios, en todos los que se llaman sus hijos. Y así como Cristo nace en todas estas maneras, así tambien en las escrituras sagradas hebreas es llamado Hijo con cinco nombres diversos. Porque, como sabeis, Isaias le llama *Ieled*, y David en el salmo 2 le llama *Bar*, y en el salmo 71 le llama *Nin*, y de David y de Isaias es llamado *Ben*, y llámale *Sil* Jacob en la bendicion de su hijo Júdas, en el libro de la *Creacion de las cosas*. De manera que, como Cristo nace cinco veces, así tambien tiene cinco nombres de Hijo, que todos significan lo mismo que Hijo, aunque con sonidos diferentes y con origen diversa. Porque *Ieled* es como si dijésemos el engendrado, *Bar* el criado apurado, escogido; *Nin*, el que se va levantando; *Ben*, el edificio, y *Sil*, el pacífico ó el enviado; que todas son cualidades que generalmente se dicen bien de los hijos, por donde los hebreos tomaron nombres dellas para significar lo que es hijo; porque el hijo es engendrado y criado y sacado á luz, y es como lo apurado y lo ahechado que sale del mezclarse los padres, y el que se levanta en su lugar cuando ellos fallecen, sustentando su nombre, y es como un edificio, por donde aun en español á los hijos y descendientes les damos nombre de casa, y es la paz el hijo, y como el fudo de concordia entre el padre y la madre.

»Mas dejando lo general, con señalada propiedad son

(d) Colos., 3, v. 3.

estos nombres de solo aqueste Hijo que digo; porque él es el engendrado segun el nacimiento eterno, y el sacado á luz segun el nacimiento de la carne, y lo apurado y ahechado de toda culpa segun ella misma, y el que se levantó de los muertos, y el edificio que encierra en la hostia donde se pone á todos sus miembros, y el que nace en el centro de sus almas, de donde envia poco á poco por todas sus partes dellas la virtud de su espíritu, que las apura y aviva y pacifica, y bastece de todos sus bienes. Y finalmente, él es el Hijo de Dios, que solo es Hijo de Dios en sí y en todos los demás que lo son. Porque en él se criaron y por él reformaron, y por razon de lo que dél contienen en sí son dichos sus hijos. Y eso es ser nosotros hijos de Dios, tener á este su divino Hijo en nosotros. Porque el Padre no tiene sino á él solo por Hijo, ni ama como á hijos sino á los que en sí le contienen y son una misma cosa con él, un cuerpo, un alma, un espíritu. Y así, siempre ama á solo él en todas las cosas que ama.» Y acabó Juliano aquí, y dijo luego: «Hecho he, Sabino, lo que me pedistes, y dicho lo que he sabido decir; mas si os tengo cansado, por eso proveistes bien que Marcelo succediese luego; que con lo que dijere nos descansará á todos.» A Sabino dijo entonces Marcelo: «Yo fio que no le habeis cansado, mas habeisme puesto en trabajo á mí, que despues de vos, no sé qué podré decir que contente. Solo hay este bien, que me vengaré agora, Sabino, de vos en quitaros el buen gusto que os queda.» Dijo Marcelo esto, y queria Sabino responderle, mas estorbósele un caso que sucedió, como agora diré.

En la orilla contraria de donde Marcelo y sus compañeros estaban, en un árbol que en ella habia, estuvo asentada una avecilla de plumas y de figura particular, cuasi todo el tiempo que Juliano decia, como oyéndole, y á veces como respondiéndole con su canto, y esto con tanta suavidad y armonía, que Marcelo y los demás habian puesto en ella los ojos y los oídos. Pues al punto que Juliano acabó y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le queria replicar, sintieron ruido hácia aquella parte, y volviéndose, vieron que lo hacian dos grandes cuervos, que revolando sobre el ave que he dicho y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella al principio se defendia con las ramas del árbol, encubriéndose entre las mas espesas. Mas creciendo la porfia, y apretándola siempre mas adó quiera que iba, forzada se dejó caer en el agua, gritando y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron tambien al agua, y volando sobre la haz del rio, la perseguian malamente, hasta que á la fin el ave se sumió toda en el agua, sin dejar rastro de sí. Aquí Sabino alzó la voz, y con un grito dijo: «¡Oh, la pobre, y cómo se nos ahogó!» Y así lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos, como victoriosos, se fueron alegres luego. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase á Sabino, que maldecía los cuervos, y no podia perder la lástima de su pájara, que así la llamaba, de improviso á la parte adonde Marcelo estaba, y cuasi junto á sus piés, la vieron sacar del agua la cabeza, y luego salir del arroyo á la orilla, toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre

una rama baja que estaba allí junto, adonde extendió sus alas y las sacudió del agua, y despues batiéndolas con presteza, comenzó á levantarse por el aire, cantando con una dulzura nueva. Al canto, como llamadas otras muchas aves de su linaje, acudieron á ella de diferentes partes del soto. Cercábanla, y como dándole el parabien, le volaban al derredor. Y luego juntas todas, y como en señal de triunfo, rodearon tres ó cuatro veces el aire con vueltas alegres, y despues se levantaron ex alto poco á poco hasta que se perdieron de vista.

Fué grandísimo el regocijo y alegría que deste suceso recibió Sabino. Mas decíame que mirando en este punto á Marcelo, se vió demudado en el rostro y turbado algo y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló, y queriéndole preguntar qué sentia, vióle que levantando al cielo los ojos, como entre los dientes y con un suspiro disimulado dijo: «Al fin Jesus es Jesus.» Y que luego, sin dar lugar á que ninguno le preguntase mas, se volvió á él, y él dijo: «Atended pues, Sabino, á lo que pedistes.

§. II.

De cómo Cristo es llamado *Cordero*, y por qué le conviene este nombre.

«El nombre de *Cordero*, de que tengo de decir, es nombre tan notorio de Cristo, que es excusado probarlo; que ¿quién no oye cada día en la misa lo que refiere el Evangelio haberle dicho el Bautista:—Este es el *Cordero* de Dios, que lleva sobre sí los pecados del mundo—? Mas si esto es fácil y claro, no lo es lo que encierra en sí toda la razon deste nombre, sino escondido y misterioso, mas muy digno de luz. Porque *Cordero*, pasándolo á Cristo, dice tres cosas: mansedumbre de condicion, y pureza y inocencia de vida, y satisfaccion de sacrificio y ofrenda, como San Pedro juntó casi en este propósito hablando de Cristo (a):—El que, dice, no hizo pecado ni se halló engaño en su boca, que siendo maldonado no maldecía, y padeciendo no amenazaba, antes se entregaba al que le juzgaba injustamente; el que llevó á la cruz sobre sí nuestros pecados.—Cosas que encierran otras muchas en sí, y en que Cristo se señaló y aventajó por maravillosa manera, y digamos por sí de todas tres. Pues cuanto á lo primero, *Cordero* dice mansedumbre, y esto se nos viene á los ojos luego que oimos *Cordero*, y con ello la mucha razon con que de Cristo se dice por el extremo de mansedumbre que tiene, así en el trato como en el sufrimiento, así en lo que por nosotros sufrió como en lo que cada día nos sufre.

«Del trato, Isaías decia (b):—No será bullicioso ni inquieto ni causador de alboroto.—Y él de sí mismo (c):—Aprended de mí, que soy manso y de corazón humilde.—Y respondió bien con las palabras la blandura de su acogimiento con todos los que se llegaron á él por gozarle cuando vivió nuestra vida: con los humildes, humilde; con los mas despreciados y mas bajos, mas amoroso, y con los pecadores que se conocian, dulcísimo. La mansedumbre deste *Cordero* salvó á la mujer adúltera, que la ley condenaba, y cuando se

(a) Petr., 2, v. 22. (b) Isai., 42, v. 4. (c) Matth., 11, v. 29.

la puso en su presencia la malicia de los fariseos y le consultó de la pena, no parece que le cupo en la boca palabra de muerte, y tomó ocasion para absolverla el faltarle acusador, pudiendo solo él ser acusador y juez y testigo. La misma mansedumbre admitió á la mujer pecadora, y hizo que se dejase tocar de un infame, y consintió que le lavasen sus lágrimas, y dió limpieza á los cabellos que le limpiaban sus piés. Esa misma puso en su presencia los niños que sus discípulos apartaban della, y siendo quien era, dió oídos á las largas razones de la Samaritana, y fué causa que no desechase de sí á ninguno, ni se cansase de tratar con los hombres siendo él quien era, y siendo su trato dellos tan pesado y tan impertinente como sabemos.

«Mas ¿qué maravilla que no se enfadase entonces cuando vivia en el suelo, el que agora en el cielo, donde vive tan exento de vuestras miserias, y declarado por Rey universal de todas las cosas, tiene por bueno de venirse en el Sacramento á vivir con nosotros, y lleva con mansedumbre verse rodeado de mil impertinencias y vilezas de hombres, y no hay aldea de tan pocos vecinos, adonde no sea casi como uno de sus vecinos en su iglesia nuestro *Cordero*, adonde no tengamos casi como uno de ellos en su iglesia á nuestro *Cordero*, blando, manso, sufrido á todos los estados? Y aunque leemos en el Evangelio que castigó Cristo á algunas personas con palabras, como á San Pedro una vez, y muchas á los fariseos, y con las manos tambien, como cuando hirió con el azote á los que hacian mercado en su templo; mas en ninguna encendió su corazon en fiereza ni mostró semblante bravo, sino en todas con serenidad de rostro conservó el sosiego de mansedumbre, desechando la culpa y no desdiciendo de su gravedad afable y dulce. Que como en la divinidad sin moverse mueve todo, y sin recibir alteracion riñe y corrige, y durando en quietud y sosiego, lo riñe y altera; así en la humanidad, que como mas se le allega, así es la criatura que mas se le parece; nunca turbó la dulzura de su ánimo manso, el hacer en los otros lo que el desconcierto de sus razones ó de sus obras pedia, y reprehendió sin pasion y castigó sin enojo, y fué aun en el reñir un ejemplo de amor. ¿Qué dice la Esposa (a)?—Su garganta suavísima, y amable todo él, y él todas sus cosas.»

«Y aquella voz, dijo Sabino aquí, ¿parécenos, Marcelo, que será muy amable (b):—Id malditos de mi Padre al fuego eterno aparejado para el demonio;—ó será voz que se podrá decir sin braveza, ó oír sin espanto? Y si tan manso es el trato todo de Cristo, ¿qué le queda para ser leon, como en la Escritura se dice? «Bien decís, respondió Marcelo. Mas en lo primero creo yo muy bien que les será muy espantable á los malos aquella tan horrible sentencia, y que al parecer ante el juez, y el rostro y el mirar del juez les será de increíble tormento. Mas tambien habeis de entender que será sin alteracion del alma de Cristo, sino que manso en sí, bramará en los oídos de aquellos, y dulce en sí mismo y en su rostro, les encandilará con terriblez y fiereza los ojos. Y á la verdad, lo que mas me declara el infinito mal de la obstinacion del pecado, es ver que

(a) Cant., 5, v. 16. (b) Matth., 25, v. 41.

trae á la mansedumbre y al amor y á la dulzura de Cristo, á términos de decir tal sentencia, y que pone en aquella boca palabras de tanto amargor, y que quien se hizo hombre por los hombres y padeció lo que padeció por salvarlos, y el que dice que su deleite es su trato, y el que vivo y muerto, mortal y glorioso, ni piensa ni trata sino de su reposo y salud, y el que todo cuanto es ordena á su bien, los pueda apartar de sí con voz tan horrible, y que la pura fuerza de aquella no curable maldad mudará la voz al *Cordero*. Y siendo lo ordinario de Dios con los malos asconderles su cara, que es alzar la vista de su favor y dejarlos para que sus designios con sus manos los labren, conforme á lo que decia el Profeta (c):—Ascondiste de nosotros tu cara, y con la mano de nuestra maldad nos quebrantaste;—aquí el celo del castigo merecido le hace que la descubra, y que tome la espada en la mano, y en la boca tan amarga y espantable sentencia.

«Y á lo segundo del leon, que, Sabino, dijistes, habeis de entender que, como Cristo lo es, no contradice, antes se compecece bien con el ser para con nosotros *Cordero*. Porque llámase Cristo, y es leon por lo que á nuestro bien y defensa toca, por lo que hace con los demonios enemigos nuestros, y por la manera como defiende á los suyos. Que en lo primero, para librarnos de sus manos, les quitó el mando y derrocóles de su tiranía usurpada, y asolóles los templos, y hizo que los blasfemasen los que poco antes los adoraban y servian, y abajó á sus reinos oscuros, y quebrantóles las cárceles y sacóles mil prisioneros; y entonces y agora y siempre se les muestra fiero y los vence, y les quita de las uñas la presa. A que mira San Juan para llamarle leon, cuando dice (d):—Venció el leon de Judá.—Y en lo segundo, así como nadie se atreve á sacar de las uñas del leon lo que prende, así no es poderoso ninguno á quitarle á Cristo de su mano los suyos; tanta es la fuerza de su firme querer.—Mis ovejas, dice él, ninguno me las sacará de las manos.—Y Isaías en el mismo propósito.—Porque, dice (e), el Señor, así como cuando brama el leon, y el cachorro del leon brama sobre su presa, no teme para dejarla; si le sobreviene multitud de pastores, á sus voces no teme ni á su muchedumbre se espanta; así el Señor descenderá y peleará sobre el monte de Sion, sobre el collado suyo.—Así que ser Cristo leon le viene de ser para nosotros amoroso y manso *Cordero*, y porque nos ama y nos sufre con amor y mansedumbre infinita, por eso se muestra fiero con los que le dañan y los desama y maltrata. Y así, cuando á aquellos no sufre, nos sufre, y cuando es con ellos fiero, con nosotros es manso. Y hay algunos que son mansos para llevar las importunidades ajenas, pero no para sufrir sus descomedimientos, y otros que si sufren malas palabras, no sufren que les pongan las manos; mas Cristo, como en todo, así en esto perfecto *Cordero*, no solamente llevó con mansedumbre nuestro trato importuno, mas tambien sufrió con igualdad nuestro atrevimiento injurioso;—como *Cordero*, dice Isaías, delante del que le trasquila.—

«¿Qué no sufrió de los hombres por amor de los hombres? ¿De qué injuria no hicieron experiencia en él los

(c) Isai., 64, v. 7. (d) Apoc., 5, v. 5. (e) Isai., 51, v. 4.